BEATO JUNIPERO SERRA

BEATO JUNIPERO SERRA

Apóstol de Sierra Gorda y las Californias

Fray Antonio Corredor
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo,44
41003-SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
I.S.B.N. 84-7656-128-8 • D.L. B-4133-89

Primeros años en la villa de Petra

El Evangelista del Mar Pacífico, Padre y Fundador de California, vio la luz de este mundo en la isla dorada de Mallorca (Baleares), y en una de sus más céntricas villas, Petra, distante de Palma, la capital, 44 kilómetros y con una población hoy día de casi tres mil habitantes.

Acaeció tan feliz suceso el 24 de noviembre de 1713, siendo sus padres Antonio Serra y Margarita Ferrer, ambos de condición humilde y muy cristianos.

En el mismo día el niño fue bautizado, imponiéndosele el nombre de Miguel José.

Su madre lo educó cristiana y ejemplarmente, acostumbrándole a rezar el santo rosario con sus hermanos, a evitar toda clase de pecados y a frecuentar el franciscano convento de San Bernardino de Siena, fundado allí ya hacía un siglo.

Sus padres lo sorprendieron un día echando todo un sermón a su hermana Juana, que lo escuchaba sentada en el suelo y con una pluma en la cabeza, sujeta por una cinta.

Al darse cuenta de su presencia, dijo:

–Papá, cuando yo sea mayor, quiero ser franciscano.

–¿Y para qué quieres ser franciscano?

–Para ir a las misiones y convertir muchos infieles.

–¿Te han dicho eso los Padres del Convento?

–No me lo han dicho, pero lo ponen los libros que me dan para leer.

Cursadas con aprovechamiento las primeras letras en el pueblo, marcha a Palma a realizar estudios secundarios.

IHS

Ingresa en la Orden Franciscana

Contaba 16 años de edad, cuando se decidió a ingresar en la Orden de San Francisco de Asís.

Fue admitido en ella, a pesar de su carácter enfermizo, vistiendo el santo hábito en el Convento de Jesús, en las afueras de Palma.

Terminado felizmente el año de probación, profesó, con gran alegría de su alma, el 15 de septiembre de 1731, cambiando su nombre por el de Fray Junípero, en recuerdo del célebre compañero de San Francisco.

Desde entonces cambió radicalmente su vida, no sólo en lo espiritual, pues comenzó a luchar denodadamente por ser santo, sino también hasta en lo físico.

El mismo lo contaría después: «Yo, en el noviciado, estuve casi siempre enfermizo, y era tan pequeño de cuerpo que no alcanzaba al facistol, ni podía ayudar a los connovicios en las faenas propias del noviciado, por cuyo motivo sólo me empleaba el Padre Maestro en ayudar las misas todas las mañanas; pero con la profesión logré salud y fuerzas y conseguí crecer hasta mediana estatura; todo lo atribuyo a la profesión, de lo que doy infinitas gracias a Dios».

Estudió luego tres años de Filosofía y tres de Teología en el Convento de San Francisco dePalma, consiguiendo progresos considerables en estas disciplinas, ya que era inteligente y aplicado.

Ordenado de sacerdote, obtuvo el doctorado en la Universidad Luliana, y, por obediencia, se presentó a concurso, ganando la cátedra de Prima Teología en la misma Universidad.

Predicador por tierras mallorquinas

Alternando sus deberes de cátedra con los de predicador, apenas hubo aldea mallorquina que no lo llamara a predicar en las grandes festividades, realizando una admirable labor entre el pueblo cristiano, consiguiendo la conversión de numerosos pecadores.

Pero no se distinguía tan sólo por esta predicación popular. Sus sermones eran acabado modelo de oratoria sagrada. Porque predicando, en cierta ocasión, sobre el Beato Raimundo Lulio en la Universidad, un excatedrático de la misma hizo el siguiente comentario: «Digno es este sermón de que se imprima en letras de oro».

Mas este apostolado, aunque fructífero, no llegaba a la meta de sus aspiraciones. Y es que siempre había soñado ser misionero, y misionero en tierras de infieles.

Así que pidió autorización al Padre Provincial, que, con sumo gusto, se la concedió.

Por el Convento corrió la voz de que un religioso se marchaba a las Indias. Fray Francisco Palou, conmovido por esta noticia, corre a la celda de su íntimo amigo Fray Junípero, para consultarle:

–Sé que en este Convento hay un religioso que ha pedido ir a las misiones. Quisiera ir con él. ¿Qué me aconseja?

–¿Ha pensado en lo dura que es la vida misionera y en el premio que suele recibir, que es el martirio?

–Lo he pensado bien y creo que es el mejor servicio para gloria de Dios.

–Pues lo alabo y yo soy ese religioso que quiere irse a América.

Rumbo a las misiones

Mientras Fray Junípero marchaba a Petra a predicar la Cuaresma y Semana Santa, Fray Francisco Palou arreglaba los dos pasajes para embarcarse ambos rumbo a América.

Su último sermón lo predicó Fray Junípero en la iglesia parroquial donde había sido bautizado. El auditorio lo componían sus paisanos, su familia y sus padres, embargados casi todo el tiempo por la emoción y llenos los ojos de lágrimas.

En casa se despidió de sus progenitores, pidiéndoles la bendición. Y en el Convento, besando los pies a cada uno de los religiosos de la Comunidad, en señal de respeto y humillación. Era el domingo, 13 de abril de 1749.

Navegaron hasta Málaga y Cádiz en un barco inglés. Por cierto que el capitán era protestante y sostuvo con los frailes varias disputas, en las que salía siempre derrotado. Pero una vez llegó a amenazar a Fray Junípero con un cuchillo.

La travesía hasta Veracruz fue muy azarosa, sobre todo por falta de agua, que tuvieron que racionar.

Entre los muchos viajeros, iban seis dominicos y veinte franciscanos. Preguntaban a Fray Junípero:

–Usted, Padre, ¿no siente necesidad de agua?

–Yo he encontrado un medio para no tener sed.

–¿Cuál es ese medio?

–Comer poco y hablar menos, para así ahorrar saliva.

Se levantó también una horrorosa tempestad, aplacada milagrosamente por un voto que hicieron los religiosos, a Santa Bárbara, pues era el mismo día de su fiesta.

Después de 90 días de navegación, arribaban, por fin, el 7 de diciembre, a Veracruz.

Desde Veracruz a Méjico

Hizo a pie, en compañía de otro religioso, el largo trayecto que separa Méjico de Veracruz.

De tanto andar, se le abrió una llaga en la pierna izquierda que le duró ya toda la vida. Durante 35 años recorrió con ella miles de kilómetros, siempre ansioso de ganar almas para Dios.

Llegaron, a eso del obscurecer, a la vera de un río caudaloso, que no se atrevieron a vadear. Invocan a María Santísima y divisan en la orilla opuesta una especie de bulto o sombra.

Fray Junípero preguntó:

–¡Ave María Purísima! ¿Hay cristianos a la otra orilla?

–Sí, hay un cristiano. ¿Qué se les ofrece?

Deseamos pasar el río y desconocemos el vado.

–Pues suban más arriba y ya les indicaré.

Anduvieron un buen trecho y la sombra les advirtió:

–Pueden vadear por aquí mismo sin miedo alguno.

En la otra orilla saludaron a un caballero español, de noble porte, al que dieron las más rendidas gracias.

Al día siguiente, agotados por la sed, se pararon junto al camino, y apareció un jinete, que les ofreció una granada. Se parecía al caballero anterior. Todo esto se lo atribuían al Patriarca San José.

Avistaron, finalmente, Méjico. Y el 1 de enero de 1750, después de siete meses y medio de viaje, entraron en el Colegio de San Fernando.

El Padre Guardián, al saludar a Fray Junípero, exclamó:

–¡Oh, quién nos trajera una selva de Juníperos!

–No de estos pedía nuestro Seráfico Padre, sino de otros muy diferentes– contestó el Padre Serra.

Desde Méjico a California

Misionó durante ocho años en Sierra Gorda y seguidamente en varios obispados de Méjico, siendo nombrado, por último, Presidente de las Misiones de la Alta California, donde había de culminar su gran obra evangelizadora.

El 14 de mayo de 1769, fiesta de Pentecostés, fundó la Misión de San Fernando, en el límite de la cristiandad, sitio muy adecuado por hallarse en la ruta de las expediciones.

Construyeron una pequeña iglesia y colocaron en lo alto una cruz de madera, que bendijo Fray Junípero. Luego la campana anunció a los habitantes de aquellos contornos la presencia de los misioneros. Se cantó misa solemne y el sermón trató de la venida del Espíritu Santo.

Al siguiente día, aparecieron varios gentiles, doce en total y del todo desnudos.

Fueron tratados con mucho cariño y se intercambiaron varios regalos.

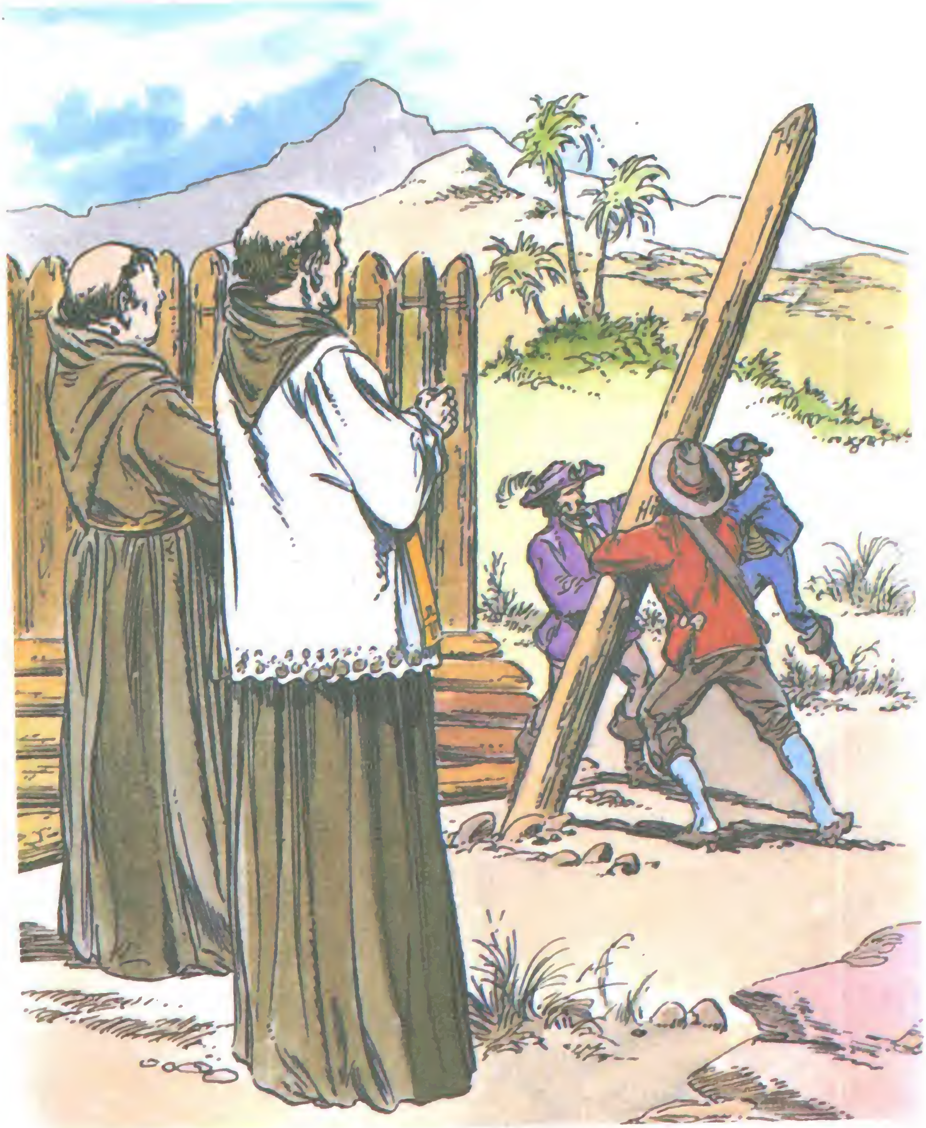
A Fray Junípero le dolía mucho la pierna a causa de la llaga y de la hinchazón. Y dijo a Juan Antonio Coronel, arriero, que iba al cuidado de las caballerías:

–Hijo, ¿no sabrías hacerme un remedio para la llaga de mi pie y pierna?

–Padre, ¿soy yo acaso cirujano? Sólo he curado las mataduras de las bestias.

–Pues, hijo, haz cuenta de que soy una bestia, y hazme el mismo medicamento.

Obedeció el arriero. Hizo el medicamento y se lo aplicó a Fray Junípero, que durmió bien toda la noche. Desapareció la hinchazón y se encontró en forma, en la mañana, para proseguir la marcha.



Fundación de las Misiones de San Diego y de San Carlos

La primera Misión fundada en la Alta California fue la de San Diego de Alcalá, en la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, 16 de julio de 1769.

Varias veces corrió el riesgo de ser abandonada, porque, a los pocos días de su inauguración, fue atacada por los indios, habiendo habido varios heridos, y, gracias a las armas de los soldados de escolta, no pudieron franquear el poblado y cebarse con los misioneros.

Peor fue la embestida que realizaron cinco años después, ya que incendiaron las tiendas y martirizaron al Padre Luis Jaume, joven y celoso franciscano, con 35 años de edad. Al enterarse Fray Junípero de tan sangriento suceso, lloró amargamente.

La segunda Misión fundada por Fray Junípero fue la de San Carlos Borromeo, en Monterrey. Está considerada, entonces y ahora, como la más importante de todas, pues él la escogió para sede suya mientras dirigía la obra misional, y porque esperan allí sus restos mortales la resurrección.

Se fundó el 3 de junio de 1770, día de Pentecostés.

Se dispuso el altar, repicaron las campanas, se bendijo el agua, se cantó el «Veni, Creator», se enarbolaron una Gran Cruz y los Reales Estandartes.

Celebró la primera misa en aquellas latitudes el Padre Serra, y predicó, terminando la ceremonia con el canto de la Salve a Nuestra Señora.

Pronto fueron bautizados casi todos los indios de aquella región.

Misiones de San Antonio y de San Gabriel Arcángel

La Misión de San Antonio de Padua pareció brotar, desde su origen, con visos de ventura y prosperidad.

En cuanto llegó la expedición y descargaron lo que llevaban para la fundación, se colgó de un árbol una campana y, repicando muy aprisa, gritaba Fray Junípero, con gran emoción:

–Ea, gentiles, venid a la Santa Iglesia, venid a recibir la fe de Jesucristo.

–Padre, ¿por qué se cansa, si este no es el lugar donde se ha de levantar la iglesia, ni hay gentil alguno por estos campos?– le dijo el Padre Pieras.

–Déjeme, Padre, explayar el corazón –replicó Fray Junípero– que quisiera que esta campana se oyese por todo el mundo o al menos la oyese la gentilidad de toda esta tierra.

Debajo de una enramada celebró el Padre Serra la primera misa. Era el 14 de julio de 1771.

Al comenzar el venerable Padre el sermón, notó la presencia de un indio que, casi escondido, contemplaba la ceremonia.

Este hecho produjo al Padre gran impresión y auguró que esta Misión sería un gran pueblo de cristianos.

En efecto, al morir el Padre Serra, contaba ya la Misión con 1.084 neófitos.

La Misión de San Gabriel Arcángel tuvo la contrariedad de que en el mismo instante de clavar la cruz, se presentaron los indios en son de guerra.

A los misioneros se les ocurrió enseñarles el cuadro de la Virgen de los Dolores, lo que fue causa suficiente para que restableciera la paz.

Misiones de San Luis Obispo y San Francisco de Asís

La Misión de San Luis, Obispo de Tolosa, avanzó mucho, porque los soldados dieron muerte a todos los osos de la región, que atacaban hasta a las personas.

Pero hubo también contratiempos. Tres incendios sufrió esta Misión. Un indígena, por odio a los misioneros, lanzó una flecha ardiendo sobre la techumbre de la iglesia. El segundo incendio fue en la noche de Navidad, durante la Misa del Gallo. El tercero destruyó casi todo el convento. Se ignora la causa de los últimos accidentes.

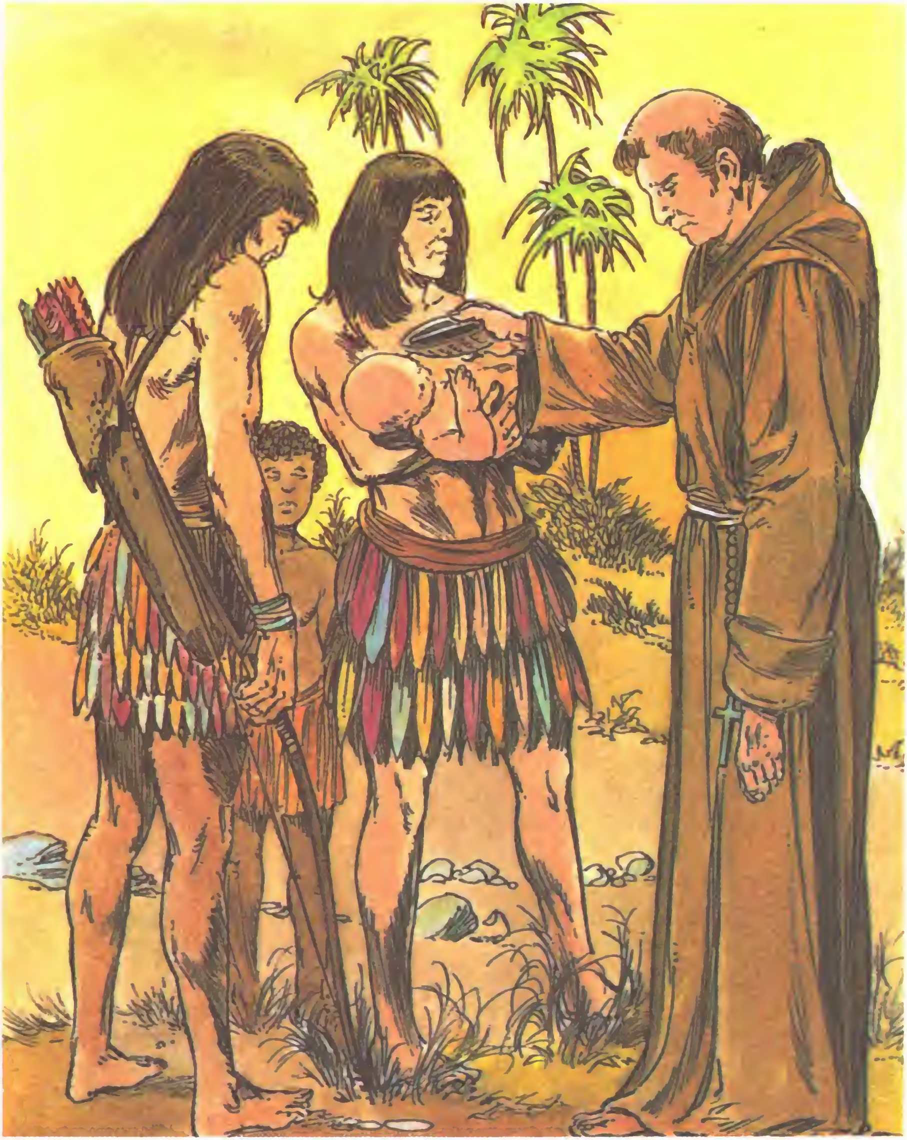
La Misión de San Francisco se llevó a cabo el 9 de octubre de 1776, celebrando la misa y predicando las glorias del Serafín de Asís el Padre Francisco Palou.

La imagen del Santo fue sacada en procesión y llevaban las andas los soldados de la escolta.

Los habitantes de aquella comarca eran de buena índole. No así sus vecinos los salsones, que les habían declarado guerra, haciéndolos huir a otras tierras.

Menos mal que los misioneros y los soldados los fueron atrayendo poco a poco, y la conversión fue rápida y abundante.

Cuando en octubre de 1777 visitó Fray Junípero por vez primera esta Misión, pronunció las siguientes palabras: «Gracias, Dios mío. Ya nuestro Seráfico Padre San Francisco, con la Santa Cruz de las Misiones, llegó al término del continente de California, pues, para pasar adelante, es necesaria embarcación».



Misiones de San Juan de Capistrano, Santa Clara y San Buenaventura.

En la fundación de la Misión de San Juan de Capistrano, hubo que lamentar un suceso bastante desagradable.

Con el ansia de llegar cuanto antes, Fray Junípero, acompañado tan sólo de un soldado y de un indio neófito, se había separado del resto de la expedición,cuando fue asaltado por un número considerable de pieles rojas que se proponían matarle.

El indio acompañante les advirtió en su propia lengua que, de hacer eso, los soldados que venían detrás acabarían con todos ellos. Entonces, llenos de temor, huyeron.

Pero luego algunos se acercaron mansamente y Fray Junípero los bendecía.

El 12 de enero de 1777, se fundó Santa Clara. La primera misa la dijo el Padre Tomás de la Peña, acompañado del Padre José Murguía, delegados por Fray Junípero para ese cometido.

Como en todas las Misiones, se construyeron capilla, convento y cuartel. La conversión de los indígenas fue rápida, pues ya a los cuatro meses de la fundación comenzaron los primeros bautismos.

El emplazamiento de esta Misión es de los mejores de toda California.

La Misión de San Buenaventura fue la última fundada por el Padre Serra durante su vida. Tuvo lugar el 31 de marzo de 1782.

Fray Junípero predicó a la tropa sobre el misterio de la Resurrección, y bendijo el terreno, tomándose oficialmente posesión del mismo.

Muerte del siervo de Dios

Nueve Misiones fundó Fray Junípero en el espacio de 15 años. Ultimamente las recorrió todas administrando el sacramento de la Confirmación, pues tenía autorización apostólica.

Al llegar a San Carlos, se sintió mal, por lo que llamó a su amigo, el Padre Francisco Palou.

Pasó unos días en gran recogimiento. Luego hizo confesión general. Cuenta el Padre Palou que le hizo derramar muchas lágrimas.

El día 27 entró el Padre Palou en su celda:

–¿Cómo ha pasado la noche, Padre?

–Creo que bien. Pero consagre una forma para mí cuando diga la santa misa.

Así lo hizo el Padre Francisco. Y, en regresando nuevamente, el Padre Serra le manifestó:

–Deseo recibir el Santo Viático.

–Adornaremos la celda del mejor modo posible.

–Es mejor en la iglesia, ya que puedo ir a ella.

Por la noche se agravó y pidió los Santos Oleos.

Al siguiente día mejoró. Pero a eso de las doce, el Padre Palou lo ayudó a acostarse en la cama, que era de tablas, cubiertas con una manta.

Cuando el Padre Palou retornó, lo halló como lo había dejado, pero durmiendo ya en el Señor, sin señal de agonía. Eran las dos de la tarde del 28 de agosto de 1784. Contaba 70 años de edad. Fue inmenso el dolor que su muerte causó.

Se le hicieron solemnes funerales y le fueron rendidos honores de General.

Glorificación de Fray Junípero Serra

Los hombres no han olvidado a Fray Junípero. Alzaron monumentos por doquier a su memoria. El principal, la estatua que figura en la Galería de la Fama de Washington.

El 17 de septiembre de 1987, el Papa Juan Pablo II visitó la tumba de Fray Junípero en la Misión del Carmel; pronunció un discurso, que fue todo una loa a este gran misionero, recordando su lema: «Siempre adelante, nunca hacia atrás», y sus proféticas palabras: «En California está mi vida y allí, si Dios quiere, espero morir».

Por fin, el 25 de septiembre de 1988, el mismo Papa lo declaraba Beato y digno de la veneración de los fieles.